

La Raza en la Naturaleza Humana y Social

Por Robert REDFIELD de la Universidad de Chicago. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología. Traducción de Angela Müller M.

EN los complicados problemas humanos el aspecto de las relaciones raciales depende de lo que los hombres piensen y sientan respecto a la raza y no de lo que ésta sea en sí misma. Este es el hecho cardinal. Hay entre los hombres diferencias físicas, grandes y pequeñas, que permiten a los científicos hacer una clasificación de la humanidad.

Pero no sabemos de ningunas diferencias mentales correspondientes de las físicas. Tampoco tenemos noticias de que las diferencias físicas en sí mismas, independientemente de la forma en que se les considere, establezcan límites a las posibilidades de los seres humanos para razonar, aprender, crear o gozar. Las diferencias anatómicas y fisiológicas que hacen posible la clasificación humana, no se sabe que hagan imposible para un grupo racial cualquier acción que los otros pueden realizar. No hemos tenido noticia de que la forma de los labios, que varía tanto con las razas, establezca ninguna limitación a la facultad humana de hablar bien o sensatamente. Tampoco sabemos que las diferencias en las proporciones de los huesos de las piernas o los brazos tengan algunas consecuencias buenas o malas sobre la formación de los gobiernos.

Si verdaderamente existen las pequeñas diferencias en la anatomía del cerebro entre negros y blancos, de que han hablado algunos científicos, eso no quiere decir que representen diferencias de inteligencia.

Puede ser que existan tales diferencias; pero todavía no se ha comprobado y hay razones para dudar. Ya se ha establecido con certeza que en los rasgos anatómicos y fisiológicos hay mucho sobrepuesto al comparar una población con otra. La comparación biológica de las poblaciones es tan variada que pueden encontrarse en ellas toda clase de personalidades y capacidades y las diferencias físicas estadísticamente demostrables que existen, no constituyen limitaciones inherentes de la conducta. Todavía falta establecer si hay importantes diferencias biológicas de temperamento o inteligencia entre los grupos raciales; mientras tanto es muy importante tomar a la raza únicamente como fenómeno social y cultural.

Un distinguido estudiante del problema declara que la raza "no es más que una agrupación biológica. Dicho término se ha originado en la biología y no debe usarse nunca en otro sentido. Los caracteres raciales son transmitidos en el germen; pero el lenguaje, la religión y la nacionalidad son adquisiciones individuales".¹ No mal interpretemos estas afirmaciones. Son verdaderas por cuanto dicen todo lo que se puede decir sobre la raza considerada por un biólogo. Pero no hablan de la raza desde el punto de vista sociológico. Desde luego que simplificaría mucho las cosas el que no se hablara de raza más que en sentido biológico. Pero el término ya se ha hecho popular para describir grupos lingüísticos, culturales y políticos. Esto es ya un hecho, lo mismo que los prejuicios y otras actitudes que van ligadas a la idea de raza. Son hechos que están en el corazón de la cultura. Son los hechos que debemos tomar en cuenta para comprender el papel que representa la raza en las relaciones humanas. La gente sabe que los judíos son tan diferentes entre sí y tan parecidos físicamente a muchos pueblos que no son judíos, que los biólogos y antropólogos se han visto obligados a declarar que los judíos no constituyen una raza. Y de hecho no forman raza alguna. Sin embargo, la gente ha formulado ya sus juicios convencionales colectivos sobre los judíos y asocian dichas creencias con características físicas, reales o imaginarias de ese pueblo. Este es también ya un hecho y, de tan inmensa importancia, que sería sencillamente imposible escribir la historia de nuestro mundo occidental sin hacer frecuentes referencias a él.

Los judíos no forman una raza; pero constituyen un grupo considerado como raza y no hay repetición de la primera afirmación suficiente para borrar la segunda que es mucho más extendida e importante.

1 Fay-Cooper Cole, en un discurso público.

Por eso he dicho que la comprensión de la importancia de la raza radica, no en la naturaleza física del hombre, sino en su naturaleza humana y social. ¿Cuáles son las características de dicha naturaleza que han dado origen a las consecuencias sociales de la raza? En primer lugar es una cosa muy humana sentirse miembro de un grupo importante, superior a los demás grupos. En los clanes de la primitiva sociedad, en los grupos de muchachos, en las clases sociales y en las naciones modernas vemos siempre la misma tendencia de la humanidad a clasificar sus miembros de acuerdo con los sentimientos de lealtad hacia su propio grupo y de animosidad u odio hacia los demás. Notamos además que esta tendencia a despreciar a los otros grupos, en la mayoría de los casos es selectiva y que alguno o algunos de esos grupos se convierten en objetos de agresión o desprecio. Hay veces en que dicha especificación de los sentimientos hacia los grupos extraños se dirige hacia la gente que está cerca de uno; pero cuyas características difieren algo de las del propio grupo. Refiriéndome a la ridícula animosidad entre españoles y portugueses, o entre ingleses y escoceses Freud² observa que dichos sentimientos representan “una forma relativamente inofensiva de satisfacción a las tendencias agresivas a través de las cuales es más fácil la cohesión entre los miembros de un grupo”. Freud además hace notar con fina ironía, que los judíos, dispersos como están, han prestado servicios al desarrollo de la cultura de los países en que se han establecido, que merecen ser reconocidos, pero que es una desgracia que todas las masacres de la historia no hayan sido suficientes para lograr una pacífica integración de las sociedades cristianas. Mientras algunos grupos están expuestos únicamente a las agresiones de sus vecinos, otros se convierten en chivos expiatorios de toda la humanidad. Por lo menos, éste ha sido el papel histórico de los judíos. Nos aseguramos el valor de nuestro propio grupo declarando la inferioridad de los demás.

En la agresión contra los otros hay una base para reforzar la solidaridad entre nosotros mismos. Y cuando dicha solidaridad o seguridad se ve amenazada, en la necesidad que siente el grupo de reafirmar su seguridad encuentra una causa especial para atacar a cualquier grupo que tenga a la mano. Si dicho grupo está ya consagrado por la tradición como objeto apropiado de agresión, como sucede con los judíos, es mucho más fácil agredirlo de nuevo.

Los hombres toman siempre el camino de menor resistencia en lo que se refiere a juicios y sentimientos, lo mismo que cuando se trata de atravesar una selva y dicho camino es el mismo que han seguido las generaciones anteriores. En general no hacemos ningún esfuerzo para formar nuestros propios juicios independientes. Ligamos nuestros sentimientos a los objetos acostumbrados. A menudo se nos escapa el alcance de nuestras acciones, atentos como estamos a nuestro pequeño mundo íntimo: esposas, hijos y amigos, en el cual nuestras propias y personales experiencias desempeñan un importante papel en la organización de nuestros sentimientos. La verdad es que, para formular nuestros juicios y sentimientos, nos atenemos, en gran parte, a la conveniencia de las categorías. De acuerdo con este aspecto de nuestra naturaleza consideramos a las experiencias, lo mismo que a la gente, divididas en clases. Pensamos y sentimos no en cada individuo de una manera independiente, sino en la clase como tal y en los individuos como miembros de ella. Esta forma de conducta es útil, como lo es cualquier forma que ahorra energía.

Ahorra esfuerzo puesto que responde a las categorías y no a los individuos; y hay menos de las primeras que de los segundos. El tener prejuicios evita pensar y el pensar causa esfuerzo. Además, un prejuicio establecido se origina en sentimientos; está listo para autorizar la acción; no contiene ninguna de las dudas que caracterizan el pensamiento reflexivo y crítico. Los nazis han hecho una virtud del prejuicio; piensan, como dicen ellos "con su sangre".

He mencionado dos características de la naturaleza humana y social: la utilidad social de despreciar a los grupos diferentes del propio y la utilidad personal y social de basar los juicios y sentimientos en las categorías y no en los individuos. Al reunirse estas dos características nos dan la matriz en que se ha gestado la importancia social de la raza. Esta ofrece a la naturaleza humana una clara y explícita definición para clasificar los grupos extraños. Antes de hablar de la claridad de la raza y de su autoridad especial es conveniente hacer notar que ésta no es la única base conveniente para clasificar a la humanidad en dos grupos, uno bueno y otro malo. La costumbre y la cultura son criterios más universales para distinguir lo externo carente de valor de lo valioso interno. Es una cosa sabida en antropología el que unas tribus se refieran a otras usando epítetos despectivos y que cada pueblo tiende a considerarse a sí mismo como el único grupo realmente civilizado en la tierra.

Desde que se iniciaron las religiones mundiales, las diferencias religiosas han motivado guerras tan crueles y sangrientas como las razas.

Ciertamente que en muchos casos no es posible definir hasta qué punto el grupo extraño se distingue por sus características raciales. La raza, la cultura y la religión forman parte de la definición de los judíos en muchas y complejas formas. Entre el anti-semita que piensa que los judíos han nacido para formar una raza de esclavos y el que los considera inteligentes, pero no más que los otros, han formado una peligrosa conspiración internacional que debe combatirse por la sencilla razón de que las diferencias que existen no son importantes.

Actualmente, en los Estados Unidos se ha establecido que todo americano de ascendencia japonesa sea vigilado, o privado de sus derechos de ciudadanía o deportado al Japón, basándose a veces en un argumento cultural y a veces en uno racial.

“Muéstrenme un hombre con una gota de sangre japonesa en sus venas y les demostraré que es traidor”, dijo recientemente uno de los senadores americanos. Otros, empero, se contentan con afirmar que ninguna persona de origen japonés puede ser buen americano, ya que todos los japoneses veneran al Mikado y posiblemente todos los hijos de los japoneses han tomado, para su desgracia, esta costumbre de sus padres.

El elemento racial en los prejuicios de grupo, a menudo aparece poco claro y mezclado con otros elementos.

Sin embargo, en los prejuicios de los hombres la raza tiene una doble y especial importancia. En primer lugar la raza —el color obvio de la piel, la inconfundible forma de los ojos y de los labios— facilita la segura clasificación de los individuos dentro de las categorías aceptadas. La distinción entre creyentes y hereéticos o infieles se tomó, en algunas sociedades y en determinadas épocas, como clasificación social de primera importancia, aunque había la dificultad de que con una mirada no se podía distinguir al creyente del hereje. Por el contrario, el negro se distingue perfectamente del blanco a primera vista. Por lo menos podemos hacerlo en la mayoría de los casos y así es muy fácil colocar a los individuos dentro de las categorías asignadas. En los Estados Unidos se presentan algunos casos dudosos que ofrecen dificultades, como por ejemplo el de los individuos de apariencia blanca que racialmente son negros y, en las pequeñas comunidades rurales como Delaware y otras, el de los descendientes de una mezcla entre negros, blancos e indios que no pueden clasificarse dentro de las categorías existentes. No obstante, estos casos dudosos prueban la fuerza de las categorías, pues los hombres y mujeres que se encuentran en las comunidades donde se presentan dichas dudas, ansían que se solucione su problema asignándoles una u otra categoría ra-

cial. El sistema escolar, la costumbre de segregar a los negros de los blancos y la misma lógica del pensamiento de los americanos exige una solución a esas ambigüedades. No deben existir; alteran el sistema; en este país todo ser humano debe ser blanco o negro. En algunas sociedades el problema ha sido resuelto por medio de la creación de categorías intermedias que comprenden los grupos marginales. En los Estados Unidos, por lo que respecta a los negros, se tiene la tendencia a agregar las categorías intermedias a un sistema sencillo, de acuerdo con el cual, una gota de sangre negra basta para convertir a un hombre en miembro de una categoría inferior. La raza, en el sentido de la evidencia física de las diferencias biológicas, es la única guía para formar las principales categorías sociales. Por otra parte en Bahía, Brasil, una gota de sangre negra no tiene importancia y aun muchas gotas no significan otra cosa que una sugestión de una posición inferior para aquel individuo; pero que puede borrarse por la educación y el éxito personal.

La importancia que se concede a la raza en el sentido de una real o supuesta diferencia de sangre, como base principal para separar a la gente mejor de la menos buena, es probablemente un acontecimiento bastante reciente en la historia de la inhumanidad del hombre hacia su prójimo. Concuera con la tendencia humana a separar los carneros superiores de las cabras inferiores en virtud de las diferentes visibles que percibe entre los miembros de una clase. La raza "obra" como un mecanismo de categorización social, porque las marcas raciales son perdurables. Los nazis tuvieron algunas dificultades para aplicar sus doctrinas raciales a los judíos y a los polacos, ya que las diferencias visibles eran poco notables; por eso obligaron a estos grupos perseguidos a llevar etiquetas en su ropa. Los mismos resultados generales se observan en la estereotipación de las razas en el cine o en las caricaturas. En los estados del Sur de la Unión Americana, la posición inferior de los negros se ve reforzada por miles de gestos y actitudes sociales. Basta mencionar los letreros que se ponen en las puertas, en unas dice "Para negros" y en otras, "Para blancos". La segregación, impuesta por el grupo dominante, llega hasta imponer estigmas de inferioridad. Estos símbolos de prejuicios colectivos amplifican la significación de las marcas raciales.

El segundo aspecto en que la raza tiene una fuerza especial como criterio para establecer una diferencia entre "el pueblo que es superior" y "los pueblos inferiores" surge de la relación entre las marcas raciales y la creencia en las diferencias biológicas entre las razas. Ya he hecho notar que los blancos no se esperan a probar que los negros, amarillos, o

cobrizos sean realmente inferiores, sino que lo creen a priori. Durante muchos años los científicos se han esforzado por encontrar una evidencia positiva de que los negros o los amarillos tengan algunas diferencias reales en inteligencia o habilidad respecto a los blancos y aún no han podido hallarla. No obstante, los blancos están convencidos de que dichas diferencias existen. Creen que los negros y los amarillos son inferiores a ellos, en parte para justificar sus prejuicios y las injusticias que cometen. Se tuerce la verdad para engañar a la propia conciencia. Se dice que se trata al negro como inferior porque es inferior. La verdad es que el negro es considerado inferior porque se le trata como a tal. Los actos son los que originan las ideas. En muchas partes de los Estados Unidos el negro es un ciudadano a medias porque los blancos no le permiten serlo completo. Es una racionalización decir que ha nacido incapaz de ser un ciudadano completo. Los americanos blancos justifican la discriminación que han implantado creyendo que los negros son menos aptos que los blancos. Lo que se encuentra realmente en el orden social, del que el hombre es responsable, se traspassa al orden biológico en el que el hombre no tiene interferencia. Lo que existe en la naturaleza biológica del hombre es permanente y no nos concierne. La ciencia, una falsa ciencia, se ha convertido en la mitología del hombre moderno. Debe ser verdad, se piensa, que los cráneos de los negros se cierran más pronto sobre sus cerebros, puesto que los negros son tratados como si así fuera el caso. Sin embargo, eso no es cierto, y todo hombre de ciencia, lo sabe bien. Tampoco es verdad que el negro se sienta necesariamente inferior por el hecho de que hace apenas pocas generaciones que salió de Africa. Si así fuera, los descendientes de ingleses se sentirían inferiores a los de griegos o los egipcios ya que la época de barbarie está más cerca de los primeros.

Un niño de cualquier color se siente igual a los demás niños si se le deja en libertad. Cuando los blancos los hostilizan, se invoca a la biología para justificar esta conducta.

Repetimos una vez más que la importancia de la raza consiste en lo que pensamos y sentimos respecto a ella y no en lo que es en realidad. Así pues, debemos buscar la forma en la que las concepciones sobre la raza se han filtrado en nuestra vida social y personal. En este punto debemos dirigir la atención a la forma en que las concepciones sobre raza, lo mismo que las concepciones sobre cualquier otra cosa, pueden obrar en la integración de una alta moral o en la desintegración y en una moral baja. Cuando todos los miembros de un grupo comparten ideas similares sobre la raza y cuando dichas ideas concuerdan con el resto de las concepciones del

grupo, entonces se convierten en símbolos de solidaridad y confianza. Ya se ha hecho mención de la tendencia de las tribus primitivas a considerarse a sí mismos como los únicos hombres verdaderos y a todos los demás como inferiores. Esto puede aplicarse también a una sociedad en la cual cada pueblo es más o menos hostil a los demás y en la que cada pequeño grupo subsiste gracias a sus esfuerzos independientes ya que no hay una doctrina de hermandad universal. En dichas pequeñas sociedades el odio al enemigo se convierte en una fuente de energía y el enemigo es todo lo que está fuera del propio grupo.

Pero ésta no es la situación de las sociedades modernas. En la presente guerra las naciones que se han aliado contra el Eje luchan en nombre de los principios de libertad e igualdad para todos los hombres.

Así pues, para dichas naciones, un sentimiento de grupo interno, definido en términos raciales, tiene consecuencias fatales. Los prejuicios raciales y la discriminación crean un principio de categoría que se opone a otras categorías más importantes. Un pueblo que está empeñado en una guerra nacional no debe tener principios o prácticas de desigualdad racial; pues las razas contra las que se ha establecido dicha discriminación forman parte de la misma nación. Por lo tanto, la desigualdad racial es una negación de la solidaridad nacional.

Es pues, un desperdicio de recursos y un acto de desintegración social.

Para el antropólogo la agudización del conflicto entre los principios mundiales y la discriminación racial, es un aspecto de la sociedad en proceso de reorganización. Una de las características de la sociedad humana consiste en ajustar sus concepciones e instituciones entre sí. Durante largos períodos de tiempo se ha observado que predomina la consistencia y no la inconsistencia. Las culturas y las civilizaciones pueden considerarse como tales en cuanto las formas de vida que las integran constituyen un todo consistente. Como dijo Sumner, en las formas populares hay siempre una gran consistencia. Hay dos circunstancias inmediatas que hacen muy difíciles de sostener las presentes en consistencias. Una, es la declaración de los ideales sostenidos en esta guerra. Resulta que la nación declara ruidosamente que pelea por ideales que no reconoce en su vida interna.

El otro, es el aumento de la interdependencia de los problemas raciales y de minorías en todo el mundo. Antiguamente los problemas raciales no tenían más que una significación local; ahora su alcance es internacional. La forma en que los Estados Unidos tratan a las minorías raciales influye profundamente sobre la confianza que otras naciones ponen en nuestro país y así, obra sobre el éxito de sus empresas internacionales.

(Tanto Alemania como el Japón se han apresurado a lanzar una propaganda por radio en la que hacen resaltar el conflicto racial en los Estados Unidos).

Lo mismo puede decirse de otras naciones que profesan una democracia igualitaria y practican la discriminación racial contra determinados grupos étnicos.

Se ha intensificado la inconsistencia entre el ideal y la práctica, creando la necesidad social de resolver el problema. O bien, las prácticas se modifican para ponerse de acuerdo con los ideales proclamados, o se cambian éstos en una dirección que los haría muy semejantes a las doctrinas sostenidas por las potencias del Eje. La lucha contra el fascismo se libra también dentro de las mismas naciones aliadas. Las consecuencias sociales del problema racial se encuentran ahora íntimamente ligadas a los problemas del futuro orden mundial.